

La creación del hombre

+ ¿*Por qué nos creó Dios?*

+ ¿*Cómo nos hizo Dios a su imagen?*

+ ¿*Qué quiere decir la Biblia por «alma» y «espíritu»?*

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Los capítulos previos han considerado la naturaleza de Dios y su creación del universo, los seres espirituales que creó y su relación con el mundo en términos de contestar las oraciones. En esta próxima sección nos enfocamos en el pináculo de la actividad creadora de Dios: la creación de los seres humanos, como hombre y mujer, para que fueran más como él que todo lo demás que hizo. Consideraremos primero el propósito de Dios al crear al hombre y la naturaleza del hombre según Dios lo creó (caps. 11-12). Luego veremos la naturaleza del pecado y la desobediencia del hombre a Dios (cap. 13).

A. Uso de la palabra *hombre* para referirnos a la raza humana

Antes de considerar el tema de este capítulo, es necesario considerar brevemente si es apropiado usar la palabra *hombre* para referirse a la raza humana entera (cómo en el título de este capítulo). En algunos países, algunos hoy objetan el hecho de que se use siempre la palabra *hombre* para referirse a la raza humana en general (incluyendo tanto a hombres como a mujeres), porque se aduce que tal uso es insensible a las mujeres. Los que hacen esta objeción preferirían que usemos solamente términos tales como *humanidad*, *seres humanos*, o *personas* para referirse a la raza humana.

Después de considerar esta sugerencia decidí seguir usando la palabra *hombre* (así como otros de estos términos) para referirme a la raza humana en este libro porque tal uso tiene garantía divina en Génesis 5, y porque pienso que hay en juego una cuestión teológica. En Génesis 5:1-2 (RVR) leemos: «El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados» (cf. Gn 1:27, RVR). El término hebreo que se traduce «hombre» es *adam*, que es el mismo término que se usó como nombre propio del primer hombre, y el mismo término que a veces se aplica al hombre a distinción de la mujer (Gn 2:22,25; 3:12, Ec 7:28, RVR). Por consiguiente, la práctica de usar el mismo término para referirse (1) a los seres humanos varones y (2) a la raza humana en general es una práctica que se originó con Dios mismo, y no debemos hallar esto objetable ni insensible.

Alguien podría objetar de que esto es simplemente un detalle accidental del idioma hebreo, pero este argumento no es persuasivo, porque Génesis 5:2 específicamente describe la actividad de Dios al escoger un nombre que se aplicaría a la raza humana como un todo.

187

No estoy diciendo que siempre debemos duplicar los patrones bíblicos del habla ni que esté mal usar a veces términos neutros en género para referirnos a la raza humana (tal como lo hice en esta oración), sino más bien que la actividad de Dios *al nombrarlos* que se informa en Génesis 5:2 indican que el uso de «hombre» para referirse a la raza entera es una alternativa buena y apropiada, y que no deberíamos evadir.¹

La cuestión teológica es si hay sugerencia de liderazgo masculino o cabeza en la familia desde el principio de la creación. El hecho de que Dios no escogió llamar a la raza humana «mujer», sino «hombre», probablemente tiene algo de significación para entender el plan original de Dios para los hombres y las mujeres. Por supuesto, esta cuestión del sustantivo que usamos para referirnos a la raza no es el único factor en el debate, pero es un factor, y nuestro uso del idioma respecto a esto tiene en efecto alguna significación en el debate de los papeles de hombres y mujeres hoy. **B. ¿Por qué fue creado el hombre?**

1. Dios no tenía que crear al hombre, y sin embargo nos creó para su gloria. En la explicación de la independencia de Dios, en el capítulo 5 (vea pp. 95-98), notamos varios pasajes bíblicos que enseñan que Dios no nos necesitaba ni a nosotros ni al resto de la creación para nada, y sin embargo nosotros y el resto de la creación le glorificamos y le damos gozo. Puesto que había perfecto amor y comunión entre los miembros de la Trinidad por toda la eternidad (Jn 17:5,24), Dios no nos creó porque se sentía solo ni porque necesitaba compañerismo con otras personas; Dios no nos necesitaba por ninguna razón.

No obstante, *Dios nos creó para su gloria*. En nuestra consideración de la independencia de Dios notamos que él habla de sus hijos e hijas de los extremos de la tierra como «al que yo he creado para mi gloria, al que yo hice y formé» (Is 43:7; cf. Ef 1:11-12). Por consiguiente, debemos hacer «todo para la gloria de Dios» (1 Co 10:31).

Este hecho garantiza que nuestras vidas sean significativas. Cuando nos damos cuenta de que Dios no necesitaba crearnos y que no nos necesita para nada, podríamos concluir que nuestra vida no tiene ninguna importancia. Pero la Biblia nos dice que fuimos creados para glorificar a Dios, indicando que somos importantes para Dios mismo. Esta es la definición final de importancia o significación genuina en nuestra vida: Si somos verdaderamente importantes para Dios por toda la eternidad, ¿qué mayor medida de importancia o significación podríamos querer?

2. ¿Cuál es nuestro propósito en la vida? El hecho de que Dios nos creó para su propia gloria determina la respuesta correcta a la pregunta: «¿Cuál es nuestro propósito en la vida?» Nuestro propósito debe ser cumplir la razón por la que Dios nos creó: glorificarle. Cuando hablamos respecto a Dios mismo, ese es una buena síntesis de nuestro propósito. Pero cuando pensamos en nuestros propios intereses, hacemos el feliz descubrimiento de que debemos disfrutar de Dios y deleitarnos en él, y en nuestra relación con él.² Jesús dice: «Yo he venido

¹ Sin embargo, la cuestión de si usar *discípulo* para referirse a una persona indefinidamente, como en «Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga» (Lc 9:23) es una cuestión diferente, porque el nombre de la raza humana no entra en consideración. En estos casos, la consideración hacia mujeres tanto como a hombres, y los patrones de vocabulario del día presente, haría más apropiado usar lenguaje de género neutro, tal como «Si *alguien* viene tras de mí...»

² Para una excelente descripción de cómo el disfrutar de Dios de maneras práctica en la vida cotidiana, vea John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist*, Multnomah, Portland, OR, 1986.

para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10:10). David le dice a Dios: «Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha» (Sal 16:11). Anhela morar en la casa del Señor para siempre, «para contemplar la hermosura del SEÑOR y recrearme en su templo» (Sal 27:4), y Asaf exclama:

¿A quién tengo en el cielo sino a ti?

Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.

Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu,
pero Dios fortalece mi corazón; él es mi
herencia eterna (Sal 73:25-26).

Hay plenitud de gozo en conocer a Dios y deleitarse en la excelencia de su carácter. Estar en su presencia, disfrutar de comunión con él, es una bendición mayor que cualquier otra bendición que se pueda imaginar. Por consiguiente, la actitud normal del corazón del creyente es regocijarse en el Señor y en las lecciones de la vida que él nos da (Ro 5:2-3; Fil 4:4; 1 Ts 5:16-18; Stg 1:2; 1 P 1:6, 8; et ál.).³

Al glorificar a Dios y disfrutar de él, la Biblia nos dice que él se regocija en nosotros. Leemos: «Como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Is 62:5), y Sofonías profetiza que el Señor «se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos como en los días de fiesta» (Sof 3:17-18).

Este concepto referente a la creación del hombre tiene resultados muy prácticos. Cuando nos damos cuenta de que Dios nos creó para glorificarle, y cuando empezamos a actuar de maneras que cumplan ese propósito, empezamos a experimentar una intensidad de gozo en el Señor que nunca antes habíamos conocido. Cuando añadimos a eso el darnos cuenta de que Dios mismo se regocija en nuestra comunión con él, nuestro gozo se vuelve «indecible y lleno de gloria celestial» (1 P 1:8, paráfrasis ampliada del autor).

C. El hombre a imagen de Dios

1. El significado de «imagen de Dios». De todas las criaturas que Dios hizo, de sólo una, el hombre, se dice que fue hecho «a imagen de Dios». ¿Qué significa esto? Podemos usar la siguiente definición: *El hecho de que el hombre es imagen de Dios quiere decir que el hombre se parece a Dios y representa a Dios.*

Cuando Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gn 1:26, RVR), el significado es que Dios planeaba hacer una criatura similar a sí mismo. Tanto la palabra hebrea que se traduce «imagen» (*tsélem*) y la palabra hebrea que se traduce «semejanza» (*demut*) se refieren a algo que es similar pero no idéntico a lo que representa o de lo que es «imagen». La palabra *imagen* se puede usar para decir que representa a otra cosa.

Los teólogos han pasado mucho tiempo intentando especificar una característica del hombre, o unas pocas, en la cual se vea primordialmente la imagen de Dios. Algunos han pensado que la imagen de Dios consiste en la capacidad intelectual del hombre, otros en su poder para tomar decisiones morales y voluntarias. Otros han pensado que la imagen de Dios se refiere a la pureza moral original del hombre o su creación como hombre y mujer (véase Gn 1:27, RVR), o su dominio sobre la tierra.

En esta consideración sería mejor enfocar la atención primordialmente en los significados de las palabras *imagen* y *semejanza*. Como hemos visto, estos términos tenían un significado muy claro para los lectores originales. Cuando nos damos cuenta de que las palabras hebreas traducidas «imagen» y «semejanza» simplemente informaban a los lectores originales que el

³ La primera pregunta en el Catecismo Mayor Westminster es: «¿Cuál es el fin principal y más alto del hombre?» La respuesta es: «El fin principal y más alto del hombre es glorificar a Dios, y disfrutar de él para siempre».

hombre era como Dios, y que de muchas maneras representaría a Dios, mucho de la controversia sobre el significado de la frase «a imagen de Dios» parece una búsqueda de un significado demasiado estrecho y demasiado específico. Cuando la Biblia informa que Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gn 1:26, RVR), simplemente eso les habría querido decir a los lectores originales: «Hagamos al hombre para que sea *como* nosotros y que nos *represente*».

Debido a que «imagen» y «semejanza» tenían estos significados, la Biblia no necesita decir algo como: «El hecho de que el hombre es a imagen de Dios quiere decir que el hombre es como Dios de las siguientes maneras: capacidad intelectual, pureza moral, naturaleza espiritual, dominio sobre la tierra, creatividad, capacidad para tomar decisiones éticas, e inmortalidad» (o alguna afirmación similar). Tal explicación es innecesaria, no sólo porque los términos tenían significados claros, sino también porque ninguna lista así haría justicia al asunto: El texto sólo necesita declarar que el hombre es *como Dios*, y el resto de la Biblia da más detalles que lo explica. En realidad, conforme leemos el resto de la Biblia, nos damos cuenta de que una plena comprensión de la semejanza del hombre a Dios exigiría una plena comprensión de quién es Dios en su ser y en sus acciones, y un pleno entendimiento de quién es el hombre y de lo que hace. Mientras más conocemos de Dios y del hombre, más similitudes reconoceremos y más plenamente comprenderemos lo que la Biblia quiere decir cuando expresa que el hombre es a imagen de Dios. La expresión se refiere a cualquier manera en la que el hombre es como Dios.

2. La caída: La imagen de Dios queda distorsionada, pero no se pierde. Podríamos preguntarnos si todavía se podría pensar que el hombre sigue siendo *como Dios* después que pecó. Esta pregunta queda contestada muy temprano en Génesis, en donde Dios le da a Noé la autoridad para establecer la pena de muerte por el asesinato entre seres humanos, poco después del diluvio: «Si alguien derrama la sangre de un ser humano, otro ser humano derramará la suya, porque *el ser humano ha sido creado a imagen de Dios mismo*» (Gn 9:6). Aunque las personas son pecadoras, todavía queda en ellos tanta semejanza a Dios que asesinar a otra persona («derramar sangre» es una expresión del Antiguo Testamento que denota quitarle la vida a un ser humano) es atacar la parte de la creación que más se parece a Dios, y manifiesta un intento o deseo (si uno pudiera) de atacar a Dios mismo. El hombre sigue siendo a imagen de Dios. El Nuevo Testamento da confirmación a esto cuando en Santiago 3:9 dice que los hombres en general, y no solo los creyentes, fueron «hechos a la semejanza de Dios».

Sin embargo, dado que el hombre ha pecado, claro que no es tan plenamente como Dios como lo era antes. Su pureza moral se ha perdido y su carácter de pecado ciertamente no refleja la santidad de Dios. Su intelecto se ha corrompido con falsedades y los malos entendidos; su habla ya no glorifica continuamente a Dios; sus relaciones a menudo son gobernadas por el egoísmo antes que por el amor, etc. Aunque el hombre sigue siendo a imagen de Dios, en todos los aspectos de la vida algunas partes de esa imagen han quedado distorsionadas o se han perdido. En resumen, «Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones» (Ec 7:29, RVR). Aun después de la caída somos a imagen de Dios; todavía somos como Dios y todavía representamos a Dios, pero la imagen de Dios en nosotros está distorsionada; somos menos como Dios que lo que fuimos antes de la entrada del pecado.

Por consiguiente, es importante que comprendamos el pleno significado de imagen de Dios no simplemente desde la observación de los seres humanos del presente, sino a partir de las indicaciones bíblicas de la naturaleza de Adán y Eva cuando Dios los creó y cuando todo lo que Dios había hecho era «muy bueno» (Gn 1:31). La plena medida de la excelencia de nuestra humanidad no se verá de nuevo en la vida en la tierra sino cuando Cristo vuelva y hayamos obtenido todos los beneficios de la salvación que él ganó para nosotros.

3. Redención en Cristo: Una recuperación progresiva de la imagen de Dios. Con todo, es alentador volver al Nuevo Testamento y ver que nuestra redención en Cristo quiere decir que podemos, incluso en esta vida, crecer progresivamente en semejanza a Dios. Por ejemplo, Pablo dice que como cristianos tenemos una nueva naturaleza «que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10). Conforme adquirimos verdadera comprensión de Dios, su palabra y su mundo, empezamos a pensar más y más los pensamientos que Dios mismo piensa. De esta manera nos vamos «renovando en conocimiento» y llegamos a ser más semejantes a Dios en nuestro pensamiento. Esta es una descripción del curso ordinario de la vida cristiana. Por eso Pablo puede decir que «somos transformados a su semejanza [lit. “imagen”, gr. *eikón*] con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu» (2 Co 3:18). En toda esta vida, conforme crecemos en madurez cristiana, crecemos en semejanza a Dios. Más particularmente, crecemos a semejanza de Cristo en nuestra vida y en nuestro carácter. Es más, la meta para la que Dios nos ha redimido es que podamos ser «transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29) y así seamos exactamente como Cristo en nuestro carácter moral.

4. Cuando Cristo vuelva: Restauración completa de la imagen de Dios. La asombrosa promesa del Nuevo Testamento es que tal como hemos sido como Adán (sujetos a muerte y pecado), así seremos semejantes a Cristo (moralmente puros, nunca sujetos de nuevo a la muerte): «Y así como hemos llevado la imagen de aquel hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Co 15:49). La plena medida de nuestra creación a imagen de Dios no se ve en la vida de Adán que pecó, ni tampoco se ve en nuestras vidas hoy, porque somos imperfectos. Pero el Nuevo Testamento enfatiza que el propósito de Dios al crear al hombre a su imagen se realizó por completo en la persona de Jesucristo. Él «es la imagen de Dios» (2 Co 4:4); «Él es la imagen del Dios invisible» (Col 1:15). En Jesús vemos la semejanza del hombre a Dios tal como debe ser, y debería ser motivo de alegría para nosotros que Dios nos haya predestinado a ser «transformados conformes a la imagen de su Hijo» (Ro 8:29, RVR; cf. 1 Co 15:49): «Cuando Cristo venga seremos semejantes a él» (1 Jn 3:2).

5. Aspectos específicos de nuestra semejanza a Dios. Aunque hemos explicado antes que sería difícil definir todas las maneras en que somos como Dios, podemos sea como sea mencionar varios aspectos de nuestra existencia que nos muestran que somos más como Dios que todo el resto de la creación.

a. *Aspectos morales.* Somos criaturas moralmente responsables ante Dios por nuestras acciones. Correspondiendo a esta responsabilidad tenemos un sentido interno del bien y del mal que nos separa de los animales (que si acaso tienen poco sentido innato de moralidad o justicia, pero que simplemente responden por temor al castigo o a la esperanza de una recompensa). Cuando actuamos según las normas morales de Dios, nuestra semejanza a Dios se refleja en conducta santa y justa delante de él, pero, en contraste, nuestra desemejanza a Dios se refleja cada vez que pecamos.

b. *Aspectos espirituales.* No sólo tenemos cuerpos físicos sino también espíritus inmatrimales, y podemos por consiguiente actuar de maneras que son significativas en el campo inmaterial y espiritual de la existencia. Esto quiere decir que tenemos una vida espiritual que nos permite relacionarnos con Dios como personas, y también tenemos inmortalidad; no dejaremos de existir, sino que viviremos para siempre.

c. *Aspectos mentales.* Tenemos una capacidad para razonar, pensar lógicamente y aprender que nos separa del mundo animal. Los animales a veces exhiben asombrosa conducta para resolver laberintos o resolver problemas en el mundo físico, pero con certeza no se dedican al razonamiento abstracto, no existe una «historia de la filosofía canina», por ejemplo, ni tampoco ningún animal desde la creación se desarrolló del todo en su comprensión de problemas éticos o el uso de conceptos filosóficos, y cosas por el estilo. Ningún grupo de chimpancés jamás se sentó alrededor de una mesa para debatir sobre la doctrina de la Trinidad, o los méritos relativos del calvinismo o el arminianismo. Ciertamente, incluso en el desarrollo de destreza física o técnica, somos muy diferentes de los animales. Los castores pueden construir el mismo tipo de diques que han construido por miles de generaciones, las aves hacen el mismo tipo de nido, y las abejas hacen el mismo tipo de panal. Pero nosotros seguimos desarrollando mayor destreza y complejidad en la tecnología, en la agricultura, la ciencia y en casi todo campo de esfuerzo.

Nuestra semejanza a Dios también se nota en nuestro uso de lenguaje complejo, abstracto, nuestra idea de un futuro distante, así como en todo el espectro de actividades humanas creativas en cuestiones como el arte, la música, la literatura y la ciencia. Tales aspectos de la existencia humana revelan las maneras en que diferimos absolutamente de los animales, y no simplemente en cuestión de grado. Además, el grado y complejidad de las emociones humanas indican cuán vasta es la diferencia entre la humanidad y el resto de la creación.

d. *Aspectos relacionales.* Además de nuestra capacidad única de relacionarnos con Dios (que se explicó antes), hay otros aspectos relacionales en esto de ser a imagen de Dios. Aunque los animales sin duda alguna tienen algún sentido de comunidad entre sí, la profundidad de la armonía interpersonal que se experimenta en el matrimonio humano, en la familia humana cuando funciona de acuerdo a los principios de Dios, y en una iglesia cuando una comunidad de creyentes anda en comunión con el Señor y unos con otros, es mucho mayor que la armonía interpersonal que experimenta un animal. El hombre es como Dios también en su relación con el resto de la creación. Específicamente, al hombre se le ha dado el derecho de gobernar la creación y se le ha dado la autoridad de juzgar a los ángeles cuando Cristo vuelva (Gn 1:26,28; Sal 8:6-8; 1 Co 6:3).

6. Nuestra gran dignidad como portadores de la imagen de Dios. Sería bueno que reflexionemos en nuestra semejanza a Dios más a menudo. Probablemente nos asombrará darnos cuenta de que cuando el Creador del universo quiso crear algo «a su imagen», algo *más como él mismo* que el resto de la creación, ¡nos hizo a nosotros! Este concepto nos dará un profundo sentido de dignidad y significación al reflexionar en la excelencia del resto de la creación que Dios hizo: el universo y las estrellas, la tierra abundante, el mundo de las plantas y animales, y los reinos de ángeles son asombrosos, incluso magníficos. Pero nosotros somos más como nuestro Creador que cualquiera de esas otras cosas. Somos la culminación de la obra infinitamente sabia y hábil de Dios en la creación. Aunque el pecado ha estropeado grandemente esa semejanza, de todas maneras ahora reflejamos mucho de ella, y la reflejaremos incluso más conforme crezcamos en semejanza a Cristo.

Sin embargo, debemos recordar que incluso el hombre caído y pecador tiene el estatus de ser a imagen de Dios (véase la explicación dada anteriormente de Gn 9:6). Todo ser humano, por estropeada que tenga la imagen de Dios por el pecado, la enfermedad, la debilidad, la edad o cualquier otra discapacidad, contodotiene el estatus de ser a imagen de Dios y por consiguiente se le debe tratar con la dignidad y respecto que se le debe al portador de la imagen de Dios. Esto tiene profundas implicaciones en nuestra conducta hacia otros. Quiere decir que las personas de todas las razas merecen igual dignidad y derechos. Quiere decir que los

ancianos, los enfermos graves, los retardados mentales y los niños antes de nacer merecen plena protección y honor como seres humanos. Si alguna vez negamos nuestro estatus único en la creación como los únicos portadores de la imagen de Dios, pronto empezaremos a despreciar el valor de la vida humana, tenderemos a ver a los humanos como una forma de animal apenas un pocomás alta, y empezaremos a tratarlos comotales. Tambiénperderemos mucho nuestro sentido de significado en la vida.

D. Naturaleza esencial del hombre

1. Tricotomía, dicotomía y monismo. ¿Cuántas partes hay en el hombre? Todos concuerdan en que tenemos cuerpos físicos. La mayoría de las personas (lo mismo cristianos que no cristianos) perciben que también tenemos una parte inmateral, un «alma» que seguirá viviendo después de que nuestro cuerpo muera.

Pero allí termina el acuerdo. Algunos creen que en adición al «cuerpo» y al «alma» hay una tercera parte, un «espíritu» que se relaciona más directamente con Dios. El concepto de que el hombre está hecho de tres partes (*cuerpo, alma y espíritu*) se llama *tricotomía*. Aunque este ha sido el concepto común en la enseñanza bíblica evangélica popular, hay pocas, si acaso alguna, defensas eruditas de esto hoy.⁴ ¿Qué enseña este concepto?

Según muchos tricotomistas, el *alma* del hombre incluye su intelecto, sus emociones y su voluntad. Mantienen que todas las personas tienen tal alma y que los diferentes elementos del alma pueden bien servir a Dios o someterse al pecado. Arguyen que el *espíritu* del hombre es una facultad más alta que cobra vida cuando la persona se convierte a Cristo (véase Ro 8:10: «Pero si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida a causa de la justicia»). El espíritu de la persona entonces sería esa parte que más directamente adora y ora a Dios (vea Jn 4:24; Fil 3:3).

Otro criterio es lo que se llama *dicotomía*. Este criterio enseña que el «espíritu» no es una parte separada del hombre, sino simplemente otro término que se aplica al «alma» y que ambos términos se usan intercambiamente en la Biblia para hablar de la parte inmateral del hombre, la parte que sigue viviendo después que nuestro cuerpo muere. Por consiguiente, el hombre está hecho de *dos partes* (cuerpo y alma o espíritu). Los que tienen este criterio a menudo concuerdan en que la Biblia usa la palabra «espíritu» (heb. *ruakj* y gr. *pneuma*) más frecuentemente al referirse a nuestra relación con Dios, pero tal uso, dicen, no es uniforme, y la palabra *alma* también se usa en todas las formas en que se puede usar *espíritu*. (Sin embargo, muchos que se aferran a alguna especie de dicotomía también afirman que la Biblia más a menudo ve al hombre como una unidad, y que hay mucha interacción entre nuestras partes material e inmateral.)

Fuera del campo del pensamiento evangélico hallamos otro concepto, el de que el hombre no puede existir aparte de un cuerpo físico, y que por consiguiente el alma no puede existir después que el cuerpo muere (aunque este concepto puede permitir la resurrección de la persona completa en algún tiempo futuro). El concepto de que el hombre es sólo un elemento y que su cuerpo es la persona se llama *monismo*. Según el monismo, los términos bíblicos *alma* y *espíritu* son simplemente otras formas de referirse a la «persona» o a la «vida» de la persona. Este concepto no ha sido adoptado por los teólogos evangélicos en general porque muchos pasajes bíblicos claramente parecen afirmar que nuestra alma o espíritu sigue vivo

⁴ No conozco ninguna defensa erudita de la tricotomía escrita en el siglo veinte. La obra de Franz Delitzsch, *A System of Biblical Psychology*, trad. R. E. Wallis, T. & T. Clark, Edinburgh, 1899, es la más reciente.

después que nuestro cuerpo muere (vea Gn 35:18; Sal 31:5; Lc 23:43, 46; Hch 7:59; Fil 1:23-24; 2 Co 5:8; He 12:23; Ap 6:9; 20:4; y el cap. 25, sobre el estado intermedio).

2. Datos bíblicos. Antes de preguntar si la Biblia ve al «alma» y al «espíritu» como partes distintas del hombre, debemos desde un principio dejar en claro que hay en la Biblia un fuerte énfasis en la unidad global del hombre que Dios creó. Cuando Dios hizo al hombre, «sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente» (Gn 2:7). Aquí Adán es una persona unificada con cuerpo y alma viviente actuando juntos. Este estado original armonioso y unificado del hombre volverá a ocurrir cuando Cristo vuelva y seamos plenamente redimidos, tanto en nuestro cuerpo como en nuestra alma, para vivir con él para siempre (véase 1 Co 15:51-54). Es más, debemos crecer en santidad y amor a Dios en todo aspecto de nuestra vida en nuestro cuerpo así como en nuestro espíritu o alma (cf. 1 Co 7:34). Debemos purificarnos «de todo lo que contamina *el cuerpo y el espíritu*, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación» (2 Co 7:1).

Pero una vez que hemos recalcado que Dios nos creó para que tengamos unidad entre cuerpo y alma, podemos pasar a destacar que la Biblia muy claramente enseña que hay una parte inmaterial en la naturaleza del hombre. Es más, cuando miramos el uso de las palabras bíblicas que se traducen «alma» (heb. *nefesh* y gr. *psujé*) y «espíritu» (heb. *ruakj* y gr. *pneuma*),⁵ parece que a veces se les usa de forma intercambiable. Por ejemplo, en Juan 12:27 (RVR) Jesús dice: «Ahora está turbada mi alma», en tanto que en un contexto muy similar en el siguiente capítulo Juan dice que Jesús «se conmovió en espíritu» (Jn 13:21, RVR). De forma similar leemos las palabras de María en Lucas 1:46-47: «*Mi alma* glorifica al Señor, y *mi espíritu* se regocija en Dios mi Salvador». Este parece ser un ejemplo evidente del paralelismo hebreo, o sea, artificio poético en el que a menudo la misma idea se repite usando palabras diferentes pero sinónimas. Este rasgo de términos intercambiables también explica por qué las personas que han muerto e ido al cielo o al infierno se les puede llamar bien sea «espíritus» (He 12:23; «los *espíritus* de los justos que han llegado a la perfección»; también 1 P 3:19: «*espíritus* encarcelados») o «almas» (Ap 6:9: «*las almas* de los que habían sufrido el martirio por causa de la palabra de Dios y por mantenerse fieles en su testimonio»; 20:4: «*las almas* de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús»).

Además de este intercambio entre las palabras *alma* y *espíritu*, también podemos observar que se dice que el hombre es «cuerpo y alma» o «cuerpo y espíritu». Jesús nos dice que no debemos temer «a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma» (Mt 10:28). Aquí «alma» claramente se debe referir a la parte de la persona que existe después de la muerte. Es más, cuando Jesús habla de «alma y cuerpo» parece estar hablando muy claramente de la persona como un todo aunque no menciona «espíritu» como un componente separado. «Alma» parece denotar la parte inmaterial del hombre.

Por otro lado, del hombre a veces se dice que es «cuerpo y espíritu». Pablo quiere que la iglesia de Corinto entregue a Satanás al hermano errado «para destrucción de su naturaleza pecaminosa a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor» (1 Co 5:5). No es que Pablo se haya olvidado de la salvación del alma del hombre también; simplemente usa «espíritu» para referirse a la existencia inmaterial total de la persona. De forma similar, Santiago dice que «el cuerpo sin el espíritu está muerto» (Stg 2:26), pero no menciona nada de un alma separada. Es más, cuando Pablo habla del crecimiento en santidad personal, aprueba a la mujer

⁵ En todo este capítulo es importante tener presente que algunas de las traducciones más recientes de la Biblia (especialmente la NVI) no traducen consistentemente los términos hebreos y griegos que se han indicado arriba como «alma» y «espíritu», sino que a veces sustituyen otros términos, tales como «vida», «mente», «corazón», o «persona», donde los traductores pensaron que esos significados eran más convenientes en esos contextos. Los términos tienen una amplitud de significado y se los puede tomar por lo menos en algunos de estos otros sentidos en algunos contextos. La versión que cito aquí a menos que se especifique alguna otra, tiende a traducir estos términos más regularmente como «alma» y «espíritu» donde estos significados son posibles.

que se preocupa porque «se afana por consagrarse al Señor tanto en cuerpo como en espíritu» (1 Co 7:34), y sugiere que esto cubre la totalidad de la vida de la persona. Incluso más explícito es 2 Corintios 7:1, en donde dice: «Purifiquémonos de todo lo que contamina *el cuerpo y el espíritu*, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación». Purificarnos de lo que contamina el «alma» o el «espíritu» cubre todo el lado inmaterial de nuestra existencia (vea también Ro 8:10; 1 Co 5:3; Col 2:5).

De modo similar, todo lo que se dice que el alma hace, también se dice que lo hace el espíritu, y todo lo que se dice que hace el espíritu, también se dice que lo hace el alma. Los que abogan por la tricotomía enfrentan un problema difícil al definir con claridad la diferencia entre alma y espíritu (desde su perspectiva). Si la Biblia diera claro respaldo a la idea de que nuestro espíritu es la parte de nosotros que se relaciona directamente con Dios en adoración y oración, mientras que nuestra alma incluye nuestro intelecto (pensar), nuestras emociones (sentir) y nuestra voluntad (decidir), los tricotomistas tendrían mucha razón. Sin embargo, la Biblia no parece permitir que se haga tal distinción.

Por un lado, las actividades de pensar, sentir y decidir cosas no se dice que las hace sólo el alma. El espíritu también puede experimentar emociones, por ejemplo, como cuando leemos de Pablo que «su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría» (Hch 17:16, RVR) o cuando Jesús «se conmovió en espíritu» (Jn 13:21, RVR). Es posible también tener un «espíritu triste», que es lo opuesto de un «corazón alegre» (Pr 17:22, RVR).

Es más, también se dice que las funciones de saber, percibir y pensar las hace nuestro espíritu. Por ejemplo, Marcos habla de que «supo [gr. *epignosko*, “saber”] Jesús en su espíritu» (Mr 2:8). Cuando el Espíritu Santo «le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Ro 8:16), nuestro espíritu recibe y entiende este testimonio, que es ciertamente una función de saber algo. En efecto, nuestro espíritu parece saber nuestros pensamientos muy profundamente, porque Pablo pregunta: «¿Quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él?» (1 Co 2:11).

El propósito de estos versículos no es decir que es el espíritu antes que el alma quien siente y piensa cosas, sino más bien que el *alma* y el *espíritu* son términos que por lo general se usan para el lado inmaterial de la persona, y que es difícil ver alguna distinción real entre el uso de tales términos.

Por otro lado, la afirmación tricotomista de que nuestro espíritu es ese elemento nuestro que se relaciona más directamente con Dios en adoración y oración no parece recibir respaldo de la Biblia. A menudo leemos que nuestra alma adora a Dios y se relaciona con él en otras clases de actividad espiritual: «A ti, SEÑOR, elevo mi *alma*» (Sal 25:1). «Sólo en Dios halla descanso mi *alma*» (Sal 62:1). «Alaba, *alma* mía, al SEÑOR; alabe todo mi ser su santo nombre» (Sal 103:1). «Alaba, *alma* mía, al SEÑOR» (Sal 146:1). «Mi *alma* glorifica al Señor» (Lc 1:46).

Estos pasajes indican que nuestra alma puede adorar a Dios, alabarle y darle gracias. Nuestra alma puede orar a Dios, como Ana implica cuando dice: «Soy una mujer atribulada de espíritu ... que he derramado mi alma delante de Jehová» (1 S 1:15, RVR). Por cierto, el gran mandamiento es «Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6:5; cf. Mr 12:30). Parece no haber aspecto de la vida o de la relación con Dios en que la Biblia diga que nuestro espíritu está activo en vez de nuestra alma. Ambos términos se usan para hablar de todos los aspectos de nuestra relación con Dios.

Según los tricotomistas, por lo general el espíritu es más puro que el alma, y el ser está renovado, libre del pecado y responde a los acicates del Espíritu Santo. Sin embargo, este concepto (que a veces se abre paso en la predicación y escritos cristianos populares) no cuenta con respaldo del texto bíblico. Cuando Pablo insta a los corintios a purificarse «de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu» (2 Co 7:1), claramente implica que puede haber

contaminación (o pecado) en nuestro espíritu. De modo similar, habla de la mujer soltera que se preocupa de ser santa «en cuerpo y en espíritu» (1 Co 7:34). Otros versículos hablan de modos similares. Por ejemplo, el Señor endureció el «espíritu» de Seón, rey de Hesbón (Dt 2:30). El Salmo 78 habla de los rebeldes de Israel «cuyo espíritu no se mantuvo fiel a Dios» (v. 8). La «altanería» viene antes del fracaso (Pr 16:18), y es posible que el pecador sea «altivo de espíritu» (Ec 7:8, RVR). De Nabucodonosor se dice que «su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo» (Dn 5:20, RVR). La verdad es que «todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los espíritus» (Pr 16:2, RVR) y esto implica que es posible que nuestro espíritu no esté bien conforme a la vida de Dios. Otros versículos implican la posibilidad de pecar en nuestro espíritu (vea Sal 32:2; 51:10). Finalmente, el hecho de que la Biblia aprueba al que «se enseñorea de su espíritu» (Pr 16:32) implica que nuestro espíritu no es simplemente la parte espiritualmente pura de nuestra vida que se debe seguir en todos los casos, sino que también puede tener deseos o inclinaciones pecaminosas.

¿Qué quiere decir entonces Pablo cuando dice: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo, y conserve todo su ser —*espíritu, alma y cuerpo*— irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 5:23)? ¿Acaso este versículo no habla claramente de las tres partes del hombre? La frase «espíritu y alma y cuerpo» en sí misma no da resultados concluyentes. Pablo está probablemente apilando sinónimos por razón de énfasis, como se hace a veces en otras partes de la Biblia. Por ejemplo, Jesús dice: «Ama al Señor tu Dios con todo tu *corazón*, con todo tu *ser* y con toda tu *mente*» (Mt 22:37). ¿Quiere decir esto que el alma es diferente de la mente y del corazón?⁶ El problema es incluso mayor en Marcos 12:30: «Ama al Señor tu Dios con todo tu *corazón*, con toda tu *alma*, con toda tu *mente* y con todas tus *fuerzas*». Si seguimos el principio de que tales listas de términos denotan partes del hombre, si añadimos *espíritu* a esta lista (y también tal vez *cuerpo*), entonces tendríamos cinco o seis partes del hombre. Pero esto ciertamente es una conclusión falsa. Es mucho mejor entender que Jesús está apilando sinónimos generales para hacer énfasis y demostrar que debemos amar a Dios con todo nuestro ser. De la misma manera, en 1 Tesalonicenses 5:23, Pablo no está diciendo que el alma y el espíritu sean entidades distintas, sino simplemente que, llamemos como llamemos a nuestra parte inmaterial, él quiere que Dios continúe santificándonos por completo para el día de Cristo.

3. Beneficios de sostener la dicotomía con unidad global. Los beneficios de adherirse al concepto de la dicotomía que sostiene la unidad global del hombre son significativos. Este concepto hace mucho más fácil evitar el error de depreciar el valor de nuestro intelecto, emociones o cuerpos físicos (según la tricotomía, estas serían partes del «alma» y por consiguiente menos espirituales). No pensaremos que nuestro cuerpo es inherentemente malo y no tiene importancia. El concepto de una dicotomía dentro de la unidad también nos ayudará a recordar que, en esta vida, hay una interacción continua entre nuestro cuerpo y nuestro espíritu, y que cada uno afecta al otro: «El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos» (Pr 17:22, RVR).

Además, un énfasis saludable sobre la dicotomía dentro de una unidad global nos recuerda que el crecimiento cristiano debe incluir todo aspecto de nuestra vida. Debemos continuamente purificarnos «de todo lo que contamina el *cuerpo* y el *espíritu*, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación» (2 Co 7:1). Debemos «crecer en el conocimiento de Dios» (Col 1:10), y nuestras emociones y deseos deben conformarse cada vez más a lo que «el

⁶ El «corazón» en la Biblia es una expresión para los pensamientos y sentimientos más íntimos de una persona (vea Gn 6:5-6; Lev 19:17; Sal 14:1; 15:2; 37:4; 119:10; Pr 3:5; Hch 2:37; Ro 2:5; 10:9; 1 Co 4:5; 14:25; He 4:12; 1 P 3:4; Ap 2:23; et ál.).

Espíritu desea» (Gá 5:17), incluyendo un aumento en emociones santas tales como la paz, el gozo, amor, etc. (Gá 5:22).

II. PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuál es el propósito para el cual creó Dios al hombre? Sobre esta base, ¿cuál debe ser el propósito primordial de nuestra vida?
2. ¿Qué quiere decir que somos hechos «a imagen de Dios»? ¿De qué maneras es nuestra existencia como la de Dios?
3. ¿Qué efecto tuvo la caída de la humanidad sobre nuestro ser hecho a imagen de Dios? ¿Cuál es el remedio de Dios para esto?
4. Explique la diferencia entre el concepto tricotomista y el dicotomista del hombre.
5. ¿Parece haber alguna diferencia entre el uso que hace la Biblia de la palabra *espíritu* y el uso que hace de la palabra *alma*? Explique.
6. Mencione dos pasajes bíblicos que se usan para respaldar la posición tricotomista y dé la respuesta dicotomista a ellos.

III. PREGUNTAS PARA LA APLICACIÓN PERSONAL

1. Según la Biblia, ¿cuál debe ser el principal propósito de su vida? Si considera los principales compromisos o metas de su vida al momento presente (con respecto a amistades, matrimonio, educación, trabajo, uso del dinero, relaciones con la iglesia, etc.), ¿está usted actuando como si su meta fuera la que especifica la Biblia? ¿Acaso tiene usted otros objetivos que ha puesto en práctica (tal vez sin decidir conscientemente hacerlo así)?
2. ¿Cómo le hace sentir el que usted, como ser humano, es más como Dios que cualquiera otra criatura en el universo? Saber esto, ¿cómo le hace querer actuar? ¿Piensa usted que Dios nos hizo para que seamos más felices o menos felices cuando crecemos para llegar a ser más como él? ¿En qué aspectos le gustaría hacer más progreso en su semejanza a Dios?
3. ¿Piensa usted que una comprensión de la imagen de Dios podría cambiar la manera en que piensa y actúa hacia las personas que son de una raza diferente, ancianos, débiles o sin atractivos para el mundo? ¿Cómo afectaría esto su relación con los incrédulos?
4. En su propia experiencia cristiana, ¿se percata usted que tiene una parte que no es física que se podría llamar alma o espíritu? ¿Puede describir lo que es tener en su espíritu conciencia de la presencia de Dios (Jn 4:23; Ro 8:16; Fil 3:3), o está afligido de espíritu (Jn 12:27; 13:21; Hch 17:16, RVR), o hace que su espíritu adore a Dios (Sal 103:1; Lc 1:47)?

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

alma monismo dicotomía semejanza espíritu dicotomía
imagen de Dios

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

GÉNESIS 1:26-27

Y dijo [Dios]: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo.» Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó.

El hombre como varón y mujer

-
- + ¿*Por qué creó Dios dos sexos?*
 - + ¿*Pueden los hombres y las mujeres ser iguales y sin embargo tener papeles diferentes?*
-

I. EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Notamos en el capítulo precedente que uno de los aspectos de nuestra creación a imagen de Dios es nuestra creación como hombre y mujer: «Y creó Dios al hombre *a su imagen*, a imagen de Dios lo creó; *varón y hembra los creó*» (Gn 1:27, RVR). La misma conexión entre la creación a imagen de Dios y creación como hombre y mujer se hace en Génesis 5:1-2 (RVR): «El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. *Varón y hembra* los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados». Aunque la creación del hombre como varón y mujer no es la única manera en que somos a imagen de Dios, es un aspecto significativo de nuestra creación a imagen de Dios y por eso la Biblia lo menciona en el mismo versículo en que describe la creación inicial del hombre de parte de Dios. Podríamos resumir las maneras en que nuestra creación como hombre y mujer representa algo de nuestra creación a imagen de Dios como sigue:

La creación del hombre como varón y mujer muestra la imagen de Dios en (1) relaciones interpersonales armoniosas, (2) igualdad en personalidad e importancia y (3) diferencia en función y autoridad.⁷

A. Relaciones personales

Dios no creó a los seres humanos para que fuéramos personas aisladas, sino que, al hacernos a su imagen, nos hizo de tal manera que podemos lograr unidad interpersonal de varias clases en todas las formas de la sociedad humana. La unidad interpersonal puede ser especialmente profunda en la familia humana y también en nuestra familia espiritual, la iglesia. Entre hombres y mujeres, la unidad interpersonal viene en su expresión más completa (en esta

⁷ Para una explicación más extensa de las implicaciones teológicas de la diferenciación entre hombre y mujer en Génesis 1—3 véase Raymond C. Orund, Jr., «Male-Female Equality and Male Headship: Genesis 1—3», en *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism*, ed. John Piper y Wayne Grudem, Crossway, Wheaton, IL, 1991, p. 98. Yo he ahondado el análisis del Dr. Orund en varios puntos en este capítulo, pero en su ensayo se pueden hallar respuestas más detalladas a las objeciones a estos puntos. Otro material sobre el hecho de ser hombre o mujer se puede obtener en el Council on Biblical Manhood and Womanhood, P.O. Box 7337, Libertyville, IL 60048 (www.cbmw.org).

edad presente) en el matrimonio, en donde el esposo y la esposa se vuelven, en cierto sentido, dos personas en una: «Por eso el hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su mujer, y los dos se funden en un solo ser» (Gn 2:24). Esta unidad no es sólo una unidad física; también es una unidad espiritual y emocional de dimensiones profundas. Un esposo y una

esposa unidos en matrimonios son personas «que Dios ha unido» (Mt 19:6). La unión sexual con otra persona que no sea su propio cónyuge es un pecado de una clase especialmente ofensiva con el propio cuerpo de uno (1 Co 6:16,18-20), y, dentro del matrimonio, el esposo y la esposa ya no tienen derecho exclusivo sobre su propio cuerpo, sino que lo comparten con su cónyuge (1 Co 7:3-5). Los esposos «amen a sus esposas» (Ef 5:28). La unión entre esposo y esposa no es temporal sino para toda la vida (Mt 19:6; Mal 2:14-16; Ro 7:2), y no es trivial sino una profunda relación que Dios creó para mostrar un cuadro de la relación entre Cristo y su Iglesia (Ef 5:23-32).

El hecho de que Dios creó dos personas distintas que eran hombre y mujer, antes que solo un hombre, es parte de nuestro ser a imagen de Dios, porque refleja hasta cierto grado la pluralidad de personas dentro de la Trinidad. En el versículo anterior que nos habla de nuestra creación como hombre y mujer, vemos la primera indicación explícita de una pluralidad de personas dentro de Dios: «Dijo Dios: *Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza; y señoree...» (Gn 1:26, RVR). Hay alguna similitud aquí. Así como había comunión, comunicación e igualdad de gloria entre los miembros de la Trinidad antes de que el mundo fuese hecho (vea Jn 17:5,24, y el cap. 6, sobre la Trinidad), Dios hizo a Adán y a Eva de tal manera que ellos se amaran, hubiera comunicación entre ellos y se honraran uno al otro en su relación interpersonal. Por supuesto, tal reflejo de la Trinidad se produciría de varias maneras dentro de la sociedad humana, pero existiría desde el principio en la íntima unidad interpersonal del matrimonio.

B. Igualdad en personalidad e importancia

Así como los miembros de la Trinidad son iguales en su importancia y en su plena existencia como personas distintas (vea el cap. 6), Dios creó a los hombres y a las mujeres para que fueran iguales en importancia y personalidad. Cuando Dios creó a la raza humana, los creó «hombre y mujer» a su imagen (Gn 1:27; 5:1-2, RVR). Los hombres y las mujeres están hechos por igual a imagen de Dios, y ambos reflejan en su vida el carácter de Dios. Esto quiere decir que debemos ver aspectos del carácter de Dios reflejados en la vida de todos los demás. Si viviéramos en una sociedad que consistiera solamente de hombres cristianos, o en una sociedad que consistiera solamente de mujeres cristianas, no tendríamos un cuadro completo del carácter de Dios como cuando vemos hombres consagrados y mujeres consagradas, con sus diferencias complementarias, que reflejan juntos la belleza del carácter de Dios.

Pero si fuimos hechos por igual a imagen de Dios, podemos decir con certeza que los hombres y las mujeres son igualmente importantes para Dios e igualmente valiosos para él. Tenemos igual valía ante él por toda la eternidad. El hecho de que la Biblia dice que hombres y mujeres son por igual «a imagen de Dios» debería excluir todo sentimiento de orgullo o

inferioridad, así como cualquier idea de que un sexo es «mejor» o «peor» que el otro. En particular, en contraste con muchas de las culturas y religiones que no son cristianas, ningún hombre debería sentirse ni orgulloso ni superior por ser hombre, y ninguna mujer debería sentirse desilusionada ni inferior porque sea mujer. Si Dios piensa que los hombres y las mujeres somos de igual valor, eso resuelve la cuestión, porque la evaluación de Dios es la norma verdadera de valor personal por toda la eternidad.

Nuestra igualdad como personas ante Dios, que refleja la igualdad de las personas de la Trinidad, debería llevar naturalmente a hombres y mujeres a darse honor unos a otros. Proverbios 31 es un hermoso cuadro del honor que se da a una mujer santa:

Mujer ejemplar, ¿dónde se hallará?

¡Es más valiosa que las piedras preciosas! ...

Sus hijos se levantan y la felicitan; también

su esposo la alaba: «Muchas mujeres

han realizado proezas, pero tú las

superas a todas.»

Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; la mujer que

teme al SEÑOR es digna de alabanza.

De modo similar, Pedro les dice a los esposos que deben dar «honor a la mujer» (1 P 3:7, RVR), y Pablo enfatiza «en el Señor, ni la mujer existe aparte del hombre ni el hombre aparte de la mujer. Porque así como la mujer procede del hombre, también el hombre nace de la mujer» (1 Co 11:11-12). Tanto hombres como mujeres son igualmente importantes, ambos dependen del otro, ambos son dignos de honor.

La igualdad en personalidad con que fueron creados los hombres y las mujeres se enfatiza de una nueva manera en la Iglesia del nuevo pacto. En Pentecostés vemos el cumplimiento de la profecía de Joel en la que Dios promete:

«Sucederá que en los últimos días —dice Dios—,
derramaré mi Espíritu sobre todo el género humano.

Los *hijos* y las *hijas* de ustedes profetizarán, ...

En esos días derramaré mi Espíritu

aun sobre mis *siervos* y mis *siervas*, y profetizarán.»

(Hch 2:17-18, citando Joel 2:28-29)

La Iglesia recibe el nuevo poder del Espíritu Santo, y a hombres y a mujeres por igual se les dan dones para ministrar de maneras asombrosas. Los dones espirituales son distribuidos a todos los hombres y mujeres, empezando en Pentecostés y continuando por toda la historia de la Iglesia. Pablo considera que todo creyente es un miembro valioso del cuerpo de Cristo, porque «a *cada* uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás» (1 Co 12:7), Pedro también, al escribir a muchas iglesias por toda Asia menor, dice: «Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, administrando fielmente la gracia de Dios en sus diversas formas» (1 P 4:10). Estos pasajes no enseñan que todos los creyentes tienen los mismos dones, pero sí quieren decir que lo mismo los hombres que las mujeres tienen valiosos dones para el ministerio de la Iglesia, y que debemos esperar que esos dones estén distribuidos amplia y liberalmente entre hombres y mujeres.

La igualdad ante Dios se enfatiza incluso todavía más en la ceremonia del bautismo en la Iglesia del nuevo pacto. En Pentecostés los hombres y las mujeres que creyeron fueron bautizados: «Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas» (Hch 2:41). Esto es significativo porque en el antiguo pacto,

la señal de la membresía del pueblo de Dios era la circuncisión, que se aplicaba solamente a los hombres. Pero la nueva señal de membresía del pueblo de Dios, la señal del bautismo, aplicada por igual a hombres y a mujeres, es evidencia adicional de que a ambos se les debe ver como miembros iguales del pueblo de Dios.

Pablo también enfatiza la igualdad en estatus entre el pueblo de Dios cuando dice en Gálatas: «Porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, *hombre ni mujer*, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús» (Gá 3:27-28). Pablo está aquí subrayando el hecho de que ninguna clase de persona, ni los judíos que habían venido de Abraham por descendencia física, ni los libertos que tenían mayor poder económico y legal, podían tener estatus especial ni privilegios en la iglesia. Los esclavos no debían pensar que eran inferiores a los hombres o mujeres libres, ni tampoco los libres debían creerse superiores a los esclavos. Los judíos no debían creerse superiores a los griegos, ni los griegos debían pensar que eran inferiores a los judíos. De modo similar, Pablo quería asegurarse de que los hombres no adoptaran algunas de las actitudes de la cultura que los rodeaba, o incluso algunas de las actitudes del judaísmo del primer siglo, y pensaran que tenían mayor importancia que las mujeres o que fueran de mayor valor delante de Dios. Tampoco las mujeres debían creerse inferiores o menos importantes en la Iglesia. Los hombres y las mujeres, los judíos y los griegos, los esclavos y libres, tenían igual importancia y valor ante Dios y eran iguales en membresía en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, por toda la eternidad.

En términos prácticos, nunca debemos pensar que hay ciudadanos de segunda clase en la Iglesia. Sea hombre o mujer, patrono o empleado, judío o gentil, atractivo o sin atractivo, extremadamente inteligente o lento para aprender, todos son igualmente valiosos ante Dios y deben ser igualmente valiosos unos para con otros por igual. Esta igualdad es un elemento asombroso y maravilloso de la fe cristiana y pone al cristianismo aparte de casi todas las religiones, sociedades y culturas. La verdadera dignidad del hecho de ser hombre o mujer se puede captar completamente sólo en obediencia a la sabiduría redentora de Dios que se halla en la Biblia.

C. Diferencias en funciones

1. La relación entre la Trinidad y el hombre como cabeza en el matrimonio. Entre los miembros de la Trinidad ha habido igualdad en importancia, personalidad y deidad por toda la eternidad. Pero ha habido diferencias en los papeles entre los miembros de la Trinidad.⁸ Dios Padre siempre ha sido el Padre y siempre se ha relacionado con el Hijo como un Padre se relaciona con su Hijo. Aunque los tres miembros de la Trinidad son iguales en poder y en todos los demás atributos, el Padre tiene mayor autoridad. Tiene una función de liderazgo entre los miembros de la Trinidad que el Hijo y el Espíritu Santo no tienen. En la creación, el Padre habla e inicia, pero la obra de la creación la realiza el Hijo y se sostiene por la presencia continua del Espíritu Santo (Gn 1.1-2; Jn 1:1-3; 1 Co 8:6; He 1:2). En la redención, el Padre envía al Hijo al mundo, y el Hijo viene y es obediente al Padre, y muere para pagar por nuestros pecados (Lc 22:42; Fil 3:6-8). Después que el Hijo ascendió al cielo, el Espíritu Santo vino para equipar y dar poder a la Iglesia (Jn 16:7; Hch 1:8; 2:1-36). El Padre no vino para morir por nuestros pecados, ni tampoco el Espíritu Santo. El Padre no vino sobre la Iglesia en el Pentecostés, con el poder del nuevo pacto, ni tampoco el Hijo. Cada miembro de la Trinidad tiene papeles o funciones distintos. Las diferencias en papeles y autoridad entre los miembros

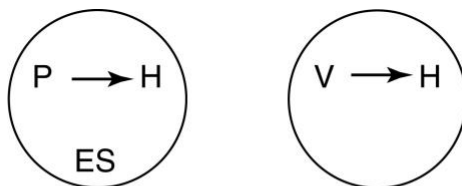
⁸ Vea el cap. 6, pp. 115-117, sobre las diferencias en función entre los miembros de la Trinidad.

de la Trinidad, por tanto, reflejan en todo momento la misma importancia, personalidad y deidad.

Si los seres humanos reflejan el carácter de Dios, entonces debemos esperar que haya algunas diferencias similares entre los seres humanos, incluso con respecto a la más básica de todas las diferencias entre estos, la diferencia entre el varón y la mujer. Esto es con certeza lo que hallamos en el texto bíblico.

Pablo expresa explícitamente este paralelo cuando dice: «Quiero que entiendan que Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo» (1 Co 11:3). Aquí hay una distinción en autoridad que se puede representar como la figura 12.1.

Así como Dios Padre tiene autoridad sobre el Hijo, aunque los dos son iguales en deidad, en el matrimonio el esposo tiene autoridad sobre la esposa, aunque son iguales en personalidad. En este caso el papel del hombre es como el de Dios Padre, y la función de la mujer es paralela a la de Dios Hijo. Son iguales en importancia, pero tienen papeles o funciones diferentes. En el contexto de 1 Corintios 11:2-16, Pablo vio esto como base para decirles a los corintios que los hombres y las mujeres usaran ropas distintas conforme a la usanza de la época, para que las distinciones entre hombres y mujeres fueran evidentes exteriormente en la asamblea cristiana.



La igualdad y diferencias en la Trinidad se reflejan
en la igualdad y diferencias en el matrimonio

figura 12.1

2. Indicaciones de papeles distintos antes de la caída. Pero, ¿fueron estas distinciones en las funciones del hombre y de la mujer parte de la creación original de Dios, o se introdujeron como parte del castigo de la caída? Cuando Dios le dijo a Eva: «Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Gn 3:16, RVR), Eva empezó a estar sujeta a la autoridad de Adán.

La idea de que las diferencias en autoridad se introdujeron sólo después de que el pecado entró en el mundo ha sido abogada por varios escritores como Aida B. Spencer⁹ y Gilbert Bilezikian¹⁰. Bilezikian dice: «Debido a que resultó de la caída, la autoridad de Adán sobre Eva se ve como satánica en su origen, no menos que la muerte misma».

Sin embargo, si examinamos el texto de la narración en Génesis, vemos varias indicaciones de las diferencias en papeles entre Adán y Eva incluso antes de que hubiera pecado en el mundo.

a. *Adán fue creado primero, y luego Eva.* El hecho de que Dios creó primero a Adán y después de un período de tiempo creó a Eva (Gn 2:7,18-23) sugiere que Dios concibió que

⁹ *Beyond the Curse*, 2ª ed., Thomas Nelson, Nashville, 1985, pp. 20-42.

¹⁰ *Beyond Sex Roles*, Baker, Grand Rapids, 1985, p. 58. Vea también pp. 21-58.

Adán tuviera una función de liderazgo en su familia. No se menciona un procedimiento de dos etapas como este para ninguno de los animales que Dios hizo, pero aquí parece tener un propósito especial. El que Dios creara a Adán lo sitúa dentro del patrón de la «primogenitura» del Antiguo Testamento, según el cual el primero que nacía en una generación cualquiera de la raza humana era el líder de la familia durante esa generación. El derecho de primogenitura se da por sentado en todo el Antiguo Testamento, incluso cuando a veces, debido a propósitos especiales de Dios, ese derecho se vende o se transfiere a una persona más joven (vea Gn 25:27-34; 35:23; 38:27-30; 49:3-4; Dt 21:15-17; 1 Cr 5:1-2). La «primogenitura» le pertenece al hijo que nace primero, y es suya a menos que intervengan circunstancias especiales que cambien ese hecho. El hecho de que tenemos razón al ver un propósito en esto de que Dios creó primero a Adán, y que ese propósito refleja una distinción permanente en los papeles que Dios les ha dado a los hombres y a las mujeres, cuenta con el respaldo de 1 Timoteo 2:13 donde Pablo usa el hecho de que «primero fue formado Adán, y Eva después» como razón para limitar a los hombres algunos papeles de gobierno y enseñanza en la Iglesia. (El hecho de que los animales fueron creados antes que Adán no contradice esto, porque la idea de la primogenitura se aplica solamente a los miembros de una familia humana.)

b. *Eva fue creada para ayuda de Adán.* La Biblia especifica que Dios hizo a Eva para Adán, y no Adán para Eva. Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. *Voy a hacerle una ayuda adecuada*» (Gn 2:18). Para Pablo esto es suficientemente significativo para basarlo en una exigencia de diferencia entre hombres y mujeres en la adoración. Dice: «Tampoco fue creado el hombre a causa de la mujer, sino la mujer a causa del hombre» (1 Co 11:9). Esto no debería tomarse como que implica que la mujer tiene menos importancia, sino que hubo una diferencia en sus roles desde el principio.

c. *Adán le puso nombre a Eva.* El hecho de que Adán puso nombre a todos los animales (Gn 2:19-20) indicaba la autoridad de Adán sobre el reino animal, porque en el pensamiento del Antiguo Testamento el derecho de ponerle nombre a alguien implicaba autoridad sobre tal persona (esto se ve cuando Dios le pone nombre a personas tales como Abraham y Sara, y cuando los padres le ponen nombre a sus hijos). Puesto que un nombre hebreo designaba el carácter o función de alguien, Adán estaba especificando las características o funciones de los animales a los que puso nombres. Por consiguiente, cuando Adán le puso nombre a Eva al decir: «Se llamará “mujer” porque del hombre fue sacada» (Gn 2:23), eso indica también un papel de liderazgo de su parte. Esto es cierto antes de la caída, en donde Adán le pone por nombre a su esposa «mujer», y es cierto igualmente después de la caída, cuando «el hombre llamó Eva a su mujer, porque ella sería la madre de todo ser viviente» (Gn 3:20). Algunos han objetado que Adán en realidad no le puso por nombre Eva antes de la caída.¹¹ Pero al llamarla «mujer» (Gn 2:23), al igual que cuando le puso nombre a toda criatura viviente (Gn 2:19-20), estaba dándole un nombre (el mismo verbo *cará*, «poner nombre», se usa en ambos lugares). El hecho de que las madres a veces ponen nombres a sus hijos en el Antiguo Testamento no contradice el concepto de que poner nombre es señal de autoridad, puesto que tanto madres como padres tienen autoridad paternal sobre sus hijos.

d. *Dios le puso por nombre a la raza humana «hombre», y no «mujer».* El hecho de que Dios puso por nombre a la raza humana «hombre», y no «mujer», o algún término de género neutro se explica en el capítulo 11.¹² Génesis 5:2 especifica que «y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados» (RVR). El llamar el nombre de la raza humana con un término que también se refería a Adán en particular, u hombre a distinción de mujer, sugiere

¹¹ Vea de Gilbert Bilezikian, *Beyond Sex Roles*, pp. 260-61.

¹² Vea las pp. 187-188.

que el papel de liderazgo le pertenece al hombre. Esto es similar a la costumbre de que la mujer tome el apellido del hombre cuando se casa; significa que el hombre es cabeza en la familia.

e. *Dios le habló primero al hombre después de la caída.* Tal como Dios le hablaba solo a Adán aun antes de crear a Eva (Gn 2:15-17), después de la caída, aunque Eva había pecado primero, Dios fue primero a Adán y le pidió cuenta de sus acciones: «Pero Dios el SEÑOR llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?”» (Gn 3:9). Para Dios, Adán era el líder de su familia, y había que pedirle cuentas primero por lo que había pasado en la familia. Es significativo que aunque esto fue después de que habían cometido el pecado, es antes de la declaración a Eva: «él se enseñoreará de ti» de Génesis 3:16, en donde algunos escritores de hoy aducen que empezó la función del hombre como cabeza de la familia.

f. *Adán, no Eva, representaba a la raza humana.* Aunque Eva pecó primero (Gn 3:6), se nos considera culpables del pecado de Adán, no del pecado de Eva. El Nuevo Testamento nos dice: «en Adán todos mueren» (1 Co 15:22; cf. v. 49), y «por la transgresión de un solo hombre murieron todos» (Ro 5:15; cf. vv. 12-21). Esto indica que Dios le había dado a Adán la función de cabeza o liderazgo con respecto a la raza humana, papel que no le dio a Eva.

g. *La maldición trastornó los papeles ya establecidos, no introdujo papeles nuevos.* En los castigos que Dios le impuso a Adán y a Eva no introdujo nuevos papeles o funciones, sino que simplemente introdujo dolor y distorsión en las funciones que ellos tenían previamente. Adán seguiría teniendo la responsabilidad primaria de arar la tierra y cultivarla, pero la tierra produciría «espinas y cardos», y él comería su pan con el sudor de su frente (Gn 3:18-19). De manera similar, Eva seguiría teniendo la responsabilidad de tener hijos, pero hacerlo se volvería doloroso: «Darás a luz a tus hijos con dolor» (Gn 3:16). Entonces Dios introduciría también conflicto y dolor en las relaciones previamente armoniosas entre Adán y Eva. Dios le dijo a Eva: «Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Gn 3:16, RVR). Susan Foh argumenta efectivamente que la palabra que se traduce «deseo» (heb. *teshukáj*) quiere decir «deseo de gobernar», y que eso indica que Eva tendría un deseo indebido de usurpar la autoridad y gobernar a su marido.¹³ Si esta comprensión de la palabra que se traduce «deseo» es correcta, como parece serlo, indicaría que Dios estaba introduciendo un conflicto en las relaciones entre Adán y Eva y un deseo de parte de Eva de rebelarse contra la autoridad de Adán.

En cuanto a Adán, Dios le dijo a Eva: «Él se enseñoreará de ti» (Gn 3:16). Aquí la palabra «enseñorear» (heb. *meashal*) es un término fuerte que por lo general se usaba en cuanto a los gobiernos monárquicos, y no generalmente en cuanto a la autoridad dentro de una familia.¹⁴ Por cierto, la palabra no implica ninguna participación en el gobierno de los gobernados, sino más bien tiene matices de gobierno de parte de un poder o fuerza mayor. Sugiere liderazgo con rigor antes que con bondad y amor. El sentido aquí es que Adán usaría su mayor fuerza y poder para gobernar a su esposa, lo que introduciría nuevo dolor y conflicto en una relación que hasta entonces había sido armoniosa. No es que Adán no hubiera tenido autoridad antes de la caída, sino que la usaría mal después de la caída.

Así que en ambos casos la maldición trajo una *distorsión* del liderazgo humilde y considerado de Adán y en la sumisión inteligente y voluntaria de Eva en ese liderazgo que existía antes de la caída.

¹³ Vea Susan. T. Foh, «What Is the Woman's Desire?» en *WTJ* 37, 1975, 376-83.

¹⁴ Vea Dt 15:6: «Dominarás a muchas naciones, pero ninguna te dominará a ti»; Pr 22:7: «Los ricos son los amos de los pobres»; Jue 14:4; 15:11 (de los filisteos gobernando a Israel); también Gn 37:8; Pr 12:24; et ál.

h. *La redención en Cristo ratifica el orden de la creación.* Si la argumentación anterior sobre la distorsión de los papeles que se introdujo con la caída es correcta, lo que deberíamos esperar en el Nuevo Testamento es una revocación de los aspectos dolorosos de las relaciones que resultaron del pecado y la maldición. Es de esperarse que en Cristo la redención anime a las esposas a no rebelarse contra la autoridad de sus esposos y que anime a los esposos a no usar con rigor su autoridad. En verdad eso es lo que hallamos: «Esposas, sométanse a sus esposos, como conviene en el Señor. Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas» (Col 3:18-19; cf. Ef 5:22-33; Tit 2:5; 1 P 3:1-7). Si fuera un patrón pecaminoso el que las esposas se sometieran a la autoridad de sus esposos, Pedro y Pablo no hubieran ordenado que tal autoridad se mantuviera en los matrimonios cristianos. No dicen, por ejemplo: «Promueve el crecimiento de espinas en su huerto», ni «haz el parto lo más doloroso posible», ni «quédate lejos de Dios, ¡aléjate de la comunión con él!» La redención de Cristo tiene como objetivo *eliminar* en todo los resultados del pecado y de la caída: «El Hijo de Dios fue enviado precisamente para *destruir* las obras del diablo» (1 Jn 3:8). *Los mandamientos del Nuevo Testamento respecto al matrimonio no perpetúan ningún elemento de la maldición ni tampoco ningún patrón de conducta de pecado*; más bien reafirman el orden y distinción de papeles que hubo desde el principio de la creación de Dios.

En términos de aplicación práctica, conforme crecemos en madurez en Cristo, creceremos en deleitarnos y regocijarnos en las diferencias que Dios sabiamente ordenó en los papeles dentro de la familia humana. Cuando comprendemos esta enseñanza bíblica, tanto los hombres como las mujeres deberían poder decir de corazón: «Esto es lo que Dios ha planeado, y es hermoso y correcto; y me regocijo por la manera en que él me hizo y el papel distinto que me ha dado». Hay belleza eterna, dignidad y justicia en esta diferenciación de papeles tanto dentro de la Trinidad como dentro de la familia humana. Sin ningún sentido de «mejor» o «peor», y sin ningún sentido de «más importante» o «menos importante», los hombres y las mujeres deberían ser capaces de regocijarse plenamente en la manera en que Dios los hizo.

i. *La cuestión de aplicación a la Iglesia.* La cuestión de cómo se aplican a la Iglesia de hoy las enseñanzas del Nuevo Testamento respecto a los hombres y las mujeres es asunto de gran debate hoy, y el espacio no nos permite que abordemos extensamente este tema aquí. La principal diferencia entre los evangélicos en este asunto se puede reducir a una sola pregunta clave: *¿Deberían estar reservados para los hombres algunos de los papeles de gobierno y enseñanza en la Iglesia?* A los cristianos que responden que no a esta pregunta se les llama *igualitarios* (porque enfatizan la «igualdad» entre hombres y mujeres). Sostienen que ningún papel o función de gobierno o enseñanza en la Iglesia está reservado solamente para los hombres, y que todos los cargos están por igual a la disposición de hombres y mujeres. Recalcan Gálatas 3:28, así como Jueces 4—5; Hechos 2.17-18; 18:26; 21:9; Romanos 16:7 y 1 Timoteo 3.11. Información adicional sobre la posición igualitaria está disponible en una organización dedicada a promover esa posición, Cristianos por la Igualdad Bíblica (CBE).¹⁵ Su declaración de principios se llama: *«Igualdad Bíblica Entre Hombres y Mujeres»*.¹⁶

A los cristianos que responden que sí a la misma pregunta se les llama *complementaristas* (porque enfatizan que hombres y mujeres, aunque iguales en valor, tienen diferencias «complementarias»). Sostienen que «algunas» de las funciones de gobierno y enseñanza en la

¹⁵ A los Christian for Biblical Equality se los puede contactar en 122 West Franklin Ave., Suite 218, Minneapolis, MN 55404-2451. Su sitio en la web es www.goldengate.net/fmllfcb. Libros que representan la posición igualitaria incluyen Richard and Catherine Kroeger, *I Suffer Not a Woman: Rethinking 1 Timothy 2:11-15 in Light of Ancient Evidence*, Baker, Grand Rapids, 1992, (Kroeger es el presidente fundador de CBE); Gilbert Bilezikian, *Beyond Sex Roles*, Baker, Grand Rapids, 1985; Craig Keener, *Paul, Women and Wives*, Hendrickson, Peabody, MA, 1992; y Rebecca Merrill Groothuis, *Good News for Women*, Baker, Grand Rapids, 1997.

¹⁶ Primero publicado en *Christianity Today*, 9 de abril de 1990, pp. 36-37 y disponible en el sitio de la web de CBE.

Iglesia están reservados para los hombres, aunque exactamente cuáles papeles depende de la forma en que los individuos, las denominaciones y las congregaciones aplican 1 Timoteo 2:11-15 a sus propias estructuras de gobierno. Enfatizan 1 Timoteo 2:11-15 así como Mateo 10:2-4 (Jesús escogió a doce hombres como apóstoles); 1 Corintios 14:33-35; 1 Timoteo 3:2; Tito 1:6, y la conexión entre el liderazgo del hogar y la Iglesia (1Ti 3:5). Hay más información disponible sobre la posición complementaria en una organización dedicada a promover esta posición, el Council on Biblical Manhood and Womanhood (CBMW).¹⁷ Su declaración de principios se llama «La Declaración Danvers». ¹² Mi posición es complementaria, y he escrito extensamente sobre esa posición en otras obras. En pocas palabras, mi convicción es que ninguno de los pasajes que enfatizan los igualitarios tratan de la cuestión de si las mujeres pueden tener autoridad de gobierno o enseñanza sobre toda la Iglesia. Es cierto que las mujeres podían profetizar en las iglesias del Nuevo Testamento (Hch 21:9; 1 Co 11:5), pero el don de profecía siempre se distinguía del de enseñanza, y a los ancianos no se les exigía tener el don de profecía sino ser «aptos para enseñar» (vea 1 Ti 3:2). La profecía privada como la de Débora (Jue 4) y la enseñanza privada como la de Aquila y Priscila (Hch 18:26) son por cierto apropiadas para las mujeres hoy, pero estas actividades difieren significativamente de la autoridad sobre toda la Iglesia que se les prohíbe a las mujeres según 1 Timoteo 2:11-15. Respecto a Romanos 16:7, no hay suficiente evidencia como para saber con algo de certeza (incluso después de una intensa investigación) si la persona mencionada es un hombre (Junias) o una mujer (Junia).¹³ Es cierto que «todos somos uno en Cristo Jesús» (Gá 3:28), pero eso simplemente afirma nuestra unidad; no quiere decir que todos somos lo mismo ni que tenemos las mismas funciones, así como tampoco el hecho de que como todos los miembros del cuerpo son «un cuerpo» (1 Co 12:12) quiere decir que todas las partes de nuestro cuerpo tienen las mismas funciones.

En contraste, los pasajes que enfatizan los complementaristas tratan directamente de la cuestión central de si las mujeres deben tener autoridad de gobierno o enseñanza sobre toda la iglesia. Pasajes como 1 Timoteo 3:2, Tito 1:6 y Mateo 10:2-4 hablan de apóstoles y ancianos que en efecto tenían tal autoridad sobre toda la iglesia (o, con respecto a los apóstoles, sobre todas las iglesias). Otros pasajes no hablan de un oficio sino de un papel de enseñanza o gobierno sobre la toda la iglesia (1 Ti 2:11-15; 1 Co 14:33-35). Las afirmaciones de que estas declaraciones dependen de algunas circunstancias culturales, —tales como que había mujeres que enseñaban doctrinas falsas o que tenían educación inadecuada— no me parecen contar con evidencia confiable, y no son la razón que Pablo da. (Él se refiere a Adán y a Eva antes de que pecaran.) Por consiguiente, no veo razón para creer que estas afirmaciones se aplican nada menos que a toda la «era de la Iglesia» (el período entre Pentecostés y el retorno de Cristo).

Sin embargo, muchas iglesias han sido demasiado restrictivas en cuanto a los tipos de ministerios a la disposición de las mujeres, y esto se ha visto agravado a menudo por el concepto de un ministerio excesivamente dominado por el clero. Los pastores y ancianos sabios a menudo prestan atención al punto de vista y consejo de las mujeres en sus iglesias, y abren muchas más puertas a cientos de otros tipos de ministerios para mujeres valiosos, mientras que siguen procurando ser fieles a la Biblia, según la entienden, y por consiguiente restringiendo «algunos papeles de gobierno y enseñanza en la iglesia» solo a los hombres.

eds., *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism*, Crossway, Wheaton, IL, 1991; Mary Kassian, *Women, Creation, and the Fall*, Crossway, Westchester, IL, 1990, Stephen B. Clark, *Man and Woman in Christ*, Servant, Ann Arbor, MI,

¹⁷ Al Council on Biblical Manhood and Womanhood se lo puede contactar en P.O. Box 7337, Libertyville, IL 60048. Su sitio en la web es www.cbmw.org. Libros que representan la posición complementaria incluyen John Piper and Wayne Grudem,

1980, y Andreas Kostenberger, Thomas Schreiner, and Scott Baldwin, eds., *Women in the Church: A Fresh Analysis of 1 Timothy 2:9-15*, Baker, Grand Rapids, 1995.

¹²Primero publicado en *Christianity Today*, 13 de enero de 1989, pp. 40-41, y disponible en el sitio de la web de CBMW.

¹³Es interesante que la fuente de la única información histórica que tenemos sobre esta persona fuera del Nuevo Testamento le llama «Junias» (y se refiere a él con pronombre masculino) y dice que «llegó a ser obispo de Apameya en Siria» (vea Epifanio [315–403 d.C.], *Index disciplulorum*, 125.19-20). Otro autor, Crisóstomo, (347–407 d.C.), da por sentado que era una mujer, Junia, pero no parece saber nada de esta persona excepto que consta en el texto bíblico (*Homily on Romans*, en 16:7)

En adición a la ambigüedad del nombre, la palabra *apóstol* aquí es ambigua; el término griego *apostolos* a veces simplemente significa «mensajero» (como en Jn 13:16; 2 Co 8:23; Fil 2:25) y en otros lugares se refiere al oficio de «apóstol de Jesucristo» Debido a que el contexto da tan poca información en Romanos 16:7, es imposible tener certeza en cuanto al significado aquí.

II. PREGUNTAS DE REPASO

Preguntas de Repaso

1. Imagen de Dios en hombres y mujeres (relaciones interpersonales)

La creación del hombre y la mujer refleja la imagen de Dios porque:

- Dios es relacional (existe en comunión).
- El hombre y la mujer fueron creados para relacionarse, complementarse y vivir en unidad (Génesis 1:27; 2:18).
- El matrimonio refleja amor, comunicación, সহযোগিতা y unidad en diversidad.

Esto muestra que la imagen de Dios no solo es individual, sino también relacional.

2. Igual importancia delante de Dios

Si ambos fueron creados a imagen de Dios:

- Hombre y mujer tienen igual dignidad, valor y propósito.
- Ninguno es superior en esencia o valor espiritual.
- Ambos son igualmente amados y responsables ante Dios.

(Génesis 1:27; Gálatas 3:28)

3. Trinidad y roles en el matrimonio

Dentro de la Trinidad:

- Hay igualdad en esencia.
- Pero diferencia en funciones (por ejemplo, el Hijo se somete al Padre).

Esto enseña que:

- En el matrimonio puede haber roles distintos sin desigualdad de valor.
 - La autoridad y sumisión bíblica no implican inferioridad, sino orden y armonía.
-

4. Cinco indicaciones de roles distintos antes de la caída

1. Adán fue creado primero (Génesis 2:7).
 2. Eva fue creada como ayuda idónea (Génesis 2:18).
 3. Adán recibió el mandato directamente (Génesis 2:16-17).
 4. Adán nombró a Eva (Génesis 2:23).
 5. Dios llamó primero a Adán después de la caída (Génesis 3:9).
-

5. Efecto de la caída en los roles

- Distorsión de los roles:
 - Dominio abusivo del hombre.
 - Resistencia o conflicto en la mujer.
 - Relaciones marcadas por lucha, dolor y desorden (Génesis 3:16).
 - Pérdida de armonía original.
-

6. Efecto de la redención en Cristo

- Restauración progresiva del diseño original.
- Llamado al amor sacrificial del hombre (Efesios 5:25).
- Llamado a la ayuda y respeto de la mujer (Efesios 5:22-24).
- Unidad, gracia y servicio mutuo.

III. Preguntas de Aplicación Personal

1. ¿Es mejor ser hombre o mujer?

Desde la perspectiva bíblica:

- No hay uno “mejor” que otro.
- Ambos reflejan la imagen de Dios de manera complementaria.

Respuesta saludable:

Debemos estar agradecidos con el género que Dios nos dio, viéndolo como parte de su diseño perfecto.

2. Valor del sexo opuesto

Un creyente debe afirmar que:

- El sexo opuesto tiene el mismo valor delante de Dios.
- Es digno de respeto, honra y amor.

Esto refleja una comprensión correcta de la creación.

3. Familia y Trinidad

Sí, la familia refleja a Dios en:

- Unidad en diversidad.
- Amor relacional.
- Orden con propósito.

Aplicación:

- Practicar amor, respeto y servicio.
- Buscar armonía en los roles.
- Reflejar el carácter de Dios en el hogar.

4. Comparación con la sociedad actual

Sociedad actual:

- Tiende a eliminar diferencias de roles.
- Promueve independencia total o confusión de identidades.

Biblia:

- Enseña igualdad en valor + diferencia en funciones.

Dificultad:

Sí, puede ser difícil seguir la Biblia por presión cultural.

¿Qué puede hacer la iglesia?

- Enseñar con claridad y amor.
- Discipular a las familias.
- Apoyar a quienes enfrentan presión cultural.
- Modelar relaciones sanas.

IV. TÉRMINOS ESPECIALES

complementarista

igualitario

diferencia en función o papel

igualdad en personalidad distorsión de papeles

primogenitura

V. LECTURA BÍBLICA PARA MEMORIZAR

COLOSENSES 3:18-19

Esposas, sométanse a sus esposos, como conviene en el Señor. Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas.